

son más suaves, más redondeados que los de los indígenas vecinos pertenecientes á la región de las sabanas; el carácter es también menos sólido y vigoroso; es observación general que los hombres que viven al aire libre tienen el espíritu más firme, la inteligencia más clara, la actitud más atrevida, la acogida más noble y benévola que los tímidos retirados á los bosques.

La más ignorante de las tribus del Nuevo Mundo, la de los Aimores ó Botocudos, que habitaba en la profundidad de las selvas del Brasil, sobre el Doce y el Jequitinhonha, no sabía construir chozas, ni tejer hamacas, ni trenzar cestos, ni modelar cacharros, ni cultivar el suelo; pero viviendo con las bestias de la selva y participando, por decirlo así, de sus costumbres, esos indios y sus congéneres tienen un conocimiento singularmente preciso de todo el mundo animal que les rodea; en ninguna parte se ha llevado tan lejos el instinto de la comprensión mutua, y, no obstante, no se ha practicado la cría de animales, sea para alimento, sea para servicios directos, como tracción, transporte de fardos ó colaboración en la caza; porque las condiciones materiales del medio se oponen absolutamente á ello. ¿Cómo conducirían el ganado en los espesos matorrales donde apenas es posible deslizarse, donde las gentes de algunas tribus, los Coroados—«coronados» ó «tonsurados»—se cortan el cabello por temor de enredarse en las ramas?

Por la naturaleza de su vida, las gentes de los bosques han de dividirse al infinito, en grupos poco numerosos, hasta en simples agregaciones de familias, procurando por la cosecha y la caza, acaso por una agricultura rudimentaria, sostener su vida. Hay nación, evaluada por los viajeros en miles de individuos, que se halla esparcida por vastas extensiones que en atravesarlas se emplearían varias jornadas; familias aisladas, recogidas en bosques, ó bien, los días de fiesta ó de *palabre*, tantas gentes reunidas como se encontrarían en las aldeas de Europa, he ahí todos los naturales que los exploradores encuentran en las selvas del Nuevo Mundo.

Las lenguas se fragmentan, como las razas, en semejante medio. Cada una de esas pequeñas humanidades modifica gradualmente su hablar, y, en el curso de un corto número de generaciones, el lenguaje se divide en varios dialectos muy distintos. A consecuencia de un combate desgraciado, de una inundación fluvial, puede desaparecer una lengua

con la tribu que la hablaba. Bien conocida es la historia de la tribu venezolana de los Atuses, que se extinguió, no dejando más que un loro para perpetuar su idioma¹. Este hecho raro inspiró á prosistas y poetas, y toda una literatura gravita alrededor de esa ave de los Atuses. Pero lo que se ha visto principalmente en esta historia es la melancolía de las cosas, la cruel ironía del destino, haciendo de un volátil sin pensamiento el único heredero del genio y de la vida moral de un pueblo. Vese además la suerte fatal de todos los que, viviendo aparte sin ayudarse los unos á los otros, se encuentran á merced de los acontecimientos, y destinados á la servidumbre ó á la muerte.

No solamente tienen los aislados que temer todo del destino, á causa de su corto número y de la falta de cohesión, sino que son inhábiles para modificarse, su apartada vida les hace conservadores.

Entre los selváticos es donde se encuentran los individuos que representan los tipos más antiguos por la forma del cuerpo y por la concepción de las cosas. Las poblaciones enanas del Africa y de la Insulinda únicamente subsisten en los bosques más espesos: su vida misma está ligada de una manera absoluta á la duración de la selva primitiva. ¡Qué poco cambiarán las ideas en ese medio en que apenas penetran otros hombres!

Hasta en la Europa civilizada, surcada en todos sentidos por tantos caminos, los leñadores, los carboneros y los resineros, que acampan bajo los árboles, son siempre los guardianes fieles de las tradiciones del tiempo viejo, de los cuentos y de los poemas que las gentes de la campiña abierta han olvidado ya. Ellos son también los decididos mantenedores de las libertades antiguas: los almadreñeros de Lyons, los leñadores de la Chaux, los taponeros de la Garde-Freinet fueron siempre, aun antes de la República, fervientes republicanos, y si no constituyen poblaciones independientes, les basta vivir apartados de los aldeanos y ciudadanos de las inmediaciones para conservar un modo de pensar mucho más antiguo. Hay tenaces católicos, á quienes la duda invade á pesar suyo, que celebran con envidia la inquebrantable «fe del carbonero».

Cualesquiera que sean las causas geográficas de su aislamiento, las familias ó las tribus dejadas fuera de la humanidad, siempre activa y en

¹ Alex. de Humboldt, *Voyage au regions équinoxiales*.

constante esfuerzo, tienen ese mismo espíritu tenaz de conservación. Por lo demás, en igualdad de circunstancias, la evolución del pensamiento se hace más rápida en proporción del número de individuos que de ella participan. Así es que una isla perdida en el Océano, habitada sin embargo, sea á consecuencia de un naufragio, sea por colonización voluntaria, se convierte siempre en un microcosmo muy distinto de las tierras más próximas por las costumbres y las instituciones de los individuos que le componen.

Una de las islas del pequeño archipiélago de Hirt ó Saint-Kilda, situada al largo de las Hébridas, posee una comunidad de ese género, compuesta de una veintena de familias que viven en un verdoso valle, ocupada únicamente en la cría de carneros y en la caza de aves marinas; durante los inviernos rigurosos aquellos habitantes morirían de hambre si de Escocia no se les enviásen barcos con provisiones. El medio de ese pequeño mundo aparte difiere tanto del de la Gran Bretaña, que la llegada de un barco era suficiente, antes de que las comunicaciones fuesen tan frecuentes, para que se extendiera un contagio de catarros entre los Gaels de Saint-Kilda. Además, los niños recién nacidos sucumben allí con gran frecuencia á la «enfermedad de los ocho días», especie de tétanos que proviene probablemente de que los habitantes toman de las aves marinas su principal alimento, su calefacción, su alumbrado y el plumón de su lecho.

En las islas Vestmaneyar, cerca de la costa meridional de Islandia, el mismo régimen produce los mismos terribles efectos¹.

En cuanto á los insulares encerrados en la prisión natural más temible, la tierra de Tristán de Acunha, rodeada de frios y de tempestades, gozan cumplidamente de la salud que dan todas las buenas condiciones de higiene, hasta poseen lo que vanamente reclaman los trabajadores de Europa: la comida asegurada; pero, sin embargo, se sienten tan estrechos, que cada año reclaman del gobierno británico el don de otra patria. A su alrededor el espacio es demasiado amplio y falta la solidaridad moral. Sabiendo que la humanidad existe, quieren sentir su influencia y su solicitud.

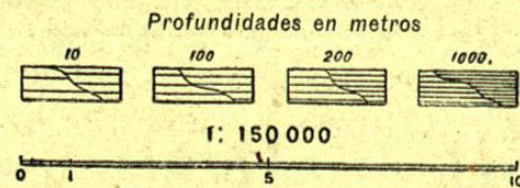
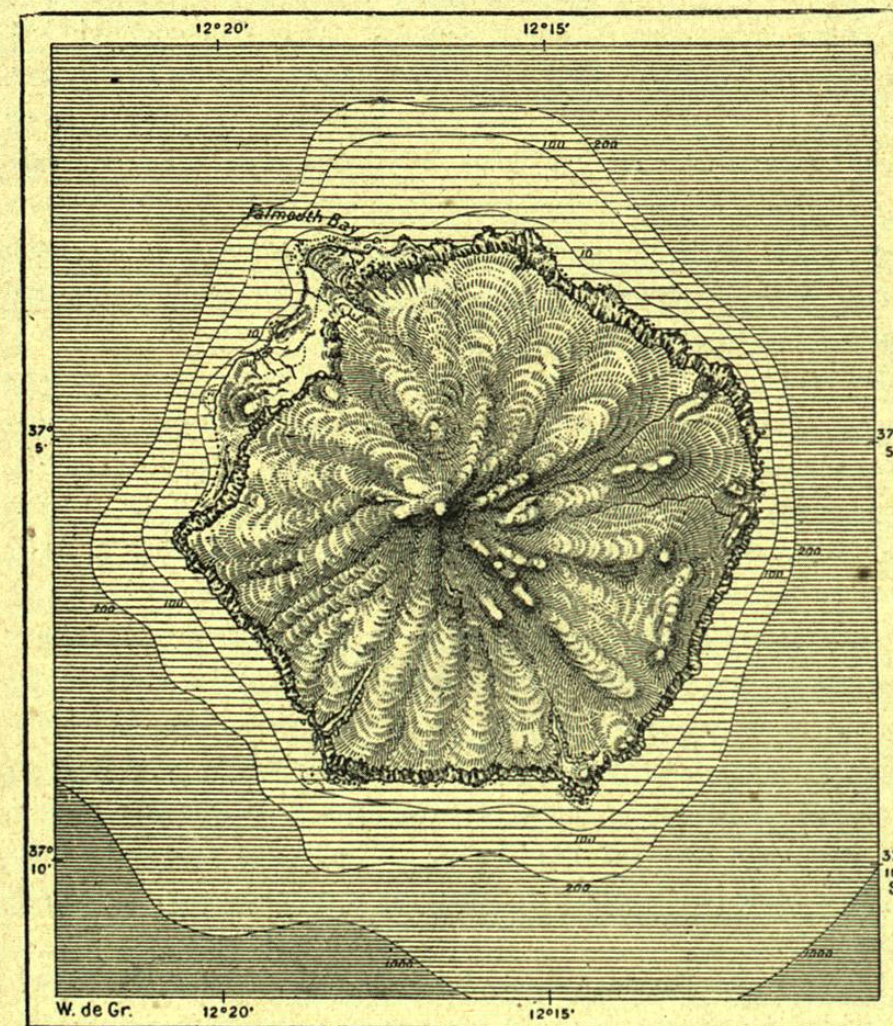
Más al Sur, otra isla, Gough ó Diego Alvarez, tiene graciosos valles, encantadores paisajes, y los marinos náufragos han vivido allí sin pena;

¹ H. Labonne, *Du tétanos des nouveau-nés*. (*Gazette hebdomadaire de Médecine*... 1888).

pero la soledad ha convertido para ellos aquel país en un lugar de horror.

Lo mismo que los insulares, las gentes de los pantanos y de

N.º 12. Tristán de Acunha



Los pocos habitantes de la isla (64 en 1897) están instalados en la proximidad de Falmouth Bay, bien expuestos al sol del mediodía.

los lagos pueden encontrarse completamente aislados, y, en ese